



De la sociedad de individuos a la pluralización de la política (segunda parte)

Ruslan Posadas Velázquez* / Víctor Hugo López Llanos**

La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres (...)

La política trata del estar juntos y los unos con los otros de los diversos. Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias.

Hannah Arendt, ¿Qué es la Política?

Recibido: 10 de agosto, 2023. Aceptado: 16 de febrero, 2024.

Resumen: En este artículo se plantean las formas en que los distintos procesos de individualización, derivados de la globalización, inciden en el quehacer político cotidiano, así como en la manera en que los individuos ejercen su derecho a la *libertad* en un ambiente condicionado por las estructuras económicas, nacionales y transnacionales, que promueven el individualismo institucionalizado. También se aborda la importancia de la acción política colectiva como respuesta al individualismo radicalizado por los valores del mercado.

Palabras clave: Sociedad, filosofía política, política, individualismo, libertad.

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor Investigador de la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) en el Plantel "Casa Libertad". Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores Nivel I. Contacto: ruslan.posadas@uacm.edu.mx

** Maestro en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Contacto: victor.hugo.170989@hotmail.com

Abstract: This article discusses the ways in which the different processes of individualization, derived from globalization, affect daily political activities, as well as the way in which individuals exercise their right to freedom in an environment conditioned by economic structures. , national and transnational, that promote institutionalized individualism. The importance of collective political action as a response to individualism radicalized by market values is also addressed.

Keywords: society, political philosophy, politics, individualism, liberty

INTRODUCCIÓN

En el número 60 de *Estudios Políticos* (septiembre-diciembre de 2023) se analizó la manera en la que el actual proceso de individualización de la sociedad se ve materializado por una libertad subsumida a los valores del mercado. A la luz de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización, que cosifican una realidad existente materializada en el dinero, se recrea un individuo perceptivo a los sentimientos del valor, conciliador del interés privado y conducido por una moral hedonista. Toca ahora argumentar de qué forma una idea de libertad, asumida como acción política colectiva, se puede convertir en una tesis transgresora de la lógica individualista sustentada exclusivamente en los valores del mercado.

LA PLURALIZACIÓN DE LA POLÍTICA: ACTUAR EN TIEMPOS OSCUROS DE FALSOS PROFETAS

La individualización toma nuevas significaciones manifestándose de forma radical en las estructuras sociales, culturales y políticas, donde la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización dan un giro trasminando sus principios hacia todos los espacios de la vida social.

Estas prácticas alcanzarán nuevas expresiones que el individuo adopta en términos de una forma moderna de relación expresada, tanto en su vida privada como en la pública. De este modo, categorías viejas se adaptan al presente convirtiéndose en la base de los nuevos valores de la socialización que, mezcladas a los procesos democratizadores van gestando una idea de libertad enmarcada en los modelos de flexibilización que devienen en un componente estratégico de la convivencia social.

En el proceso de individualización de la sociedad de nuestros tiempos las categorías tradicionales adquieren un nuevo sentido en la lógica de organización y en la esfera política (Posadas, 2015). La solidaridad productiva da paso a otra lógica de subjetividad, entendida como “las formas de relación que establece un sujeto: es a la vez un yo cognosciente [pensante], un yo sintiente [experiencia] y un yo padeciente” [carente] (Bürger, 1987).

Esta transformación de la subjetividad fragua una solidaridad dirigida a la búsqueda de la satisfacción y reproducción de individuos indiferentes y egoístas. Por su parte, la especialización deviene en la base para la conformación de un individuo plural y diverso, atravesado por la

facultad de involucrarse en los ámbitos productivos y, simultáneamente, con una voz singular sobre las cuestiones públicas y privadas. Y, por último, la división social del trabajo va a constituir el fundamento de la indiferencia política. Estos nuevos valores darán razón de ser a la individualización de las sociedades contemporáneas.

La conjugación de estos elementos muestra un ambiente paradójico. Por una parte, aparece una sociedad en la que el individualismo juega un rol meramente ideológico institucional establecido por las estructuras políticas, de la que surgen “individuos personas” (Maffesoli, 2004) y, por otra, tales individuos desarrollan una capacidad de conciencia que los orilla a buscar y crear diferentes vías de acción política para escapar de las sendas institucionales. En este proceso, la libertad asumida como acción política colectiva se convierte en un elemento fundamental que transgrede y pone en cuestión el ordenamiento de las lógicas individualistas, donde la libertad “individualista” remite y se fundamenta en los valores del mercado, sustrayéndola constantemente de los valores políticos.

El presente analiza los procesos de individualización a la luz de la libertad referida a la acción política plural. Con este propósito se presentan tres momentos de discusión dirigidos a reflexionar sobre la individualización como forma de organización social contemporánea y sus repercusiones en la esfera política. En primer lugar, se describe cómo se manifiesta la individualización en la actualidad refiriendo sus características, roles, así como algunas prácticas bajo este fenómeno, así como los valores que se a través del hedonismo y el narcisismo, bajo el espectro de la libertad “limitada” a los valores del mercado.

En segundo lugar, se examina la transfiguración de la libertad asumida como acción política en el terreno de la sociedad constituida por hombres solos, con el propósito de identificar la diferencia entre un proceso “limitado” por los valores del mercado y una experiencia basada en la acción política plural. Y, por último, se abordan las consecuencias que la libertad paradójica tiene para el individuo en el ámbito político contemporáneo. En este marco, se reflexiona en torno a la paradoja de la que surge la indiferencia política relacionada con el papel de las instituciones tradicionales democráticas y la apertura de otros ámbitos de acción política que ponen en juego otras maneras de “actuar juntos”.

El supuesto que atraviesa este apartado indica que el desencanto y la desesperanza del individuo en relación con la política se refieren a los terrenos institucionales, pero el “sueño” de construir otros mundos posibles pasa por diferentes formas de participación política vinculadas al ser-estar-juntos.

La libertad que establece el proceso de individualización fundamentalmente se cosifica en los diversos valores del mercado que promueven las élites políticas y económicas que se expresan en diversas manifestaciones del individuo en la vida ordinaria; a través por ejemplo, del acceso al consumo, la competencia, la libre asociación de sus amistades y relaciones amorosas, a la libre expresión, al libre acceso de entretenimiento y conductas que lo lleven a una existencia ligera y confortable, al libre voto de sus representantes, de sus opiniones, juicios y posiciones sobre la vida sociopolítica, a la independencia laboral y a la autonomía de pensamiento.

Es aquí donde el individuo no sufre de crisis, sufre de libertad y, en consecuencia, esa es la peor amenaza que hoy enfrenta: “El elogio verbal de la libertad se convierte en hechos y en vida cotidiana, y con ello ponen en duda los fundamentos de la convivencia existentes hasta ahora” (Beck, 1999: 9). Según Ulrich Beck, la catástrofe consiste, en que tenemos que reconocer, entender y consolidar más distintos tipos de libertades que los que no habían sido previstos en la prometida democracia.

La libertad del mercado produce miedo a no poder hacer algo que cambie la situación del individuo sobre seguridad y protección social, cultural, política y civilizatoriamente, viéndose en la necesidad de involucrarse en una caótica existencia que confunde e inhibe su dignidad. La creciente democratización de las sociedades modernas que impulsó el nacimiento de la globalización, jugó un papel importante en la construcción de un nuevo individuo renovado, modernizado y liberalizado.

La globalización celebró la capacidad de reestructurar las viejas instituciones derivadas del Estado dando paso a nuevas formas de convivencia y relación entre los individuos. En ese sentido, los procesos globalizadores rompieron con las barreras de la costumbre, de la tradición y de los valores morales que hasta a finales del siglo XX configuraban el arquetipo social.

El compromiso, la responsabilidad social, la ayuda por el prójimo y, la búsqueda del bien común, fueron desplazados paulatinamente por nuevas creencias y actitudes como: la ausencia de compromiso, la responsabilidad unipersonal, el placer propio, la libertad limitada a los valores del mercado, la autonomía y el bienestar individual se convirtieron en los estandartes honoríficos de la sociedad moderna.

Bajo esta metamorfosis, el ámbito de las relaciones sociales ha sido el elemento que experimenta los grandes cambios producidos por la globalización. A diferencia de lo que acontecía en el pasado, las diversas instituciones sociales fueron radicalmente modificadas. El matrimonio y la familia son dos claros ejemplos de esta mutación. A diferencia de lo que ocurría años atrás una relación “para siempre”, se convirtió en una cuestión que es para “un momento”.

La capacidad del individuo actual para asumir compromisos de larga duración se ha visto mermada; ahora se ve con recelo la posibilidad de entregarse a una relación social que demande ataduras y tiempo. El miedo a atarse y perder la supuesta autonomía (condición que ha sido conquistada y valorada en la modernidad líquida como bien lo considera Zygmunt Bauman), ha dado brecha a una acentuada fragilidad de los vínculos humanos.

Si bien, en el pasado la individualización tenía que ver con lógicas que de venían de las esferas industriales que se fundamentaban en la especialización; la división social del trabajo; y, la solidaridad productiva, estos derroteros, junto con el sentido de la libertad limitada trajo consigo una forma particular de la democratización de las sociedades. El individuo trasladó estos rasgos hacia al espacio privado y redujo su libertad al ejercicio de valores mercantiles como la competencia, la indiferencia política, el hedonismo, la irresponsabilidad social, el narcisismo, el egoísmo, la innovación, el pensamiento técnico, la especialización, el esfuerzo y la disciplina, convirtiéndose en los estandartes del individualismo actual.

Nuestra civilización sería entonces, psicológicamente asocial y, a la vez, estructuralmente hipersocial. ¿Qué le incumbe al individuo en todo ello? ¿Dónde radica hoy su dignidad? ¿Cuál es el lugar que le pertenece? ¿En qué espacio puede desenvolverse? ¿Es ese espacio el que le asignaba la democracia, esto es, el espacio de la civilidad, el de la res publica? O bien, ¿el espacio idóneo para el individuo es solo el de la vida privada? Si es así, ¿no habría abandonado el individuo un espacio esencial de posibilidades y desenvolvimiento? (Moreno, 1991: 45).

El valor de la indiferencia por el otro es la piedra de toque de la individualización, y por consecuencia, este existir individual repercute fundamentalmente en la civilidad y en la actividad política. Sin embargo, esta indiferencia se ve empoderada mediante el mecanismo de la subjetividad. Lipovetsky argumenta al respecto: “Hoy cuanto más solícita la subjetividad, más anónimo y vacío es el efecto” (Lipovetsky, 2003). De manera que algo aconteció con la subjetividad “de tal modo que su poder relacional y de apertura ya no se traduce fácilmente en responsabilidad moral, ni generosidad o espíritu solidario” (Moreno, 1991: 50).

Esta forma de organización tiene grandes repercusiones en el ámbito de la política, en particular con la forma de hacer y organizarse. Esta incapacidad para pensar, escuchar, meditar y reflexionar sobre sus acontecimientos que se desprenden de la actividad política tiene grandes efectos y se manifiestan constantemente en un desencanto paulatino por la misma. Sin embargo, a pesar de la libertad limitada del individuo que le otorgan sus condiciones económicas a través del acceso al consumo, a la información y las diversas formas de seducción que genera el consumismo y el entretenimiento, apertura otras formas de asociación.

En lo que respecta a la política, hoy más que nunca vive sumergida en un desencanto constante y permanece bajo el yugo de la agonía. La política ha dejado de ser concebida como el espacio de posibilidad para convertirse en el lugar de lo imposible y considerada a menudo entre los individuos como el lugar de la hipocresía, de la riqueza ilícita, del desgaste, del terror y de la mentira.

Esta situación tiene que ver con el triunfo de las democracias liberales, ya que estas formas de gobierno crean sistemas sociales complejos que conciben a los individuos como “posibles promociones” y lo orillan a huir de los gravosos compromisos.

En el sistema político de carácter democrático, el individuo es apenas alguien que solo se visualiza en la participación política cuando vota en un lapso de tiempo determinado y después vuelve a su estado natural de rol social. El individuo se ve arrojado bajo el discurso de mayor libertad limitada y menos política que no vengan de las instituciones del Estado ni del sistema electoral. Este augurio crea un ambiente de impotencia, desgane e indiferencia. Las repercusiones son fuertes, ya que este proceso pretende imponer la preferencia por abandonar el sistema social y político, antes que transformarlo.

Hoy más que nunca es preciso replantearse sobre la necesidad de desentrañar la relación entre individuo y política. Pero, sobre todo, identificar de qué manera los valores del mercado, que, a través de la solidaridad productiva, la especialización y la división del trabajo generaron una relación sin relación y dieron lugar a una exacerbada indiferencia por la política.

La solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización crearon un individualismo que adopta una serie de mecanismos y actitudes que lo orillan a vivir en una sociedad, cuya estructura de relación está depositada en los valores del mercado. Experiencia que impulsa la producción de un discurso democrático en el que la libertad “limitada” deviene en la piedra angular sobre la que se legitima una forma particular de organización social.

El mercado, a través de la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización no solamente crearon una forma de producir mercancías de manera eficiente, moderna y organizada, también establecieron nuevas formas de vida a través de discursos políticos y corrientes de pensamiento que confeccionaron una vida pública y privada en torno al rol del productor-consumidor.

Por ello, el individualismo que se expresa en nuestra época en sociedades altamente desarrolladas e industrializadas, se caracteriza por estar regulado normativamente y moralmente bajo estándares que devienen del mercado y que se enuncian a través de la competencia, la constante profesionalización y la eficacia cuyo propósito es solventar su bienestar material. Estos elementos permitirán al individuo introducirse en un campo político que pretende otorgar certidumbre, seguridad y bienestar.

Es a partir de este contexto que el individualismo se hace más radical. Sus lógicas darán nacimiento a un individuo nuevo, cuyas manifestaciones principales se expresarán a través de la libertad para conducirse por la vida; autonomía para dirigirse ante el mundo; capacidad para

pensar sobre sí mismo; e independencia que a través del mercado encontrará para alcanzar sus placeres y deseos.

Para acceder a este tipo de forma moderna, el individuo tendrá que adoptar como una forma de vida el rol de productor. Ya no basta que ser un obrero por tiempo determinado, ni en etapas establecidas. Ahora el individuo debe concebirse como un individuo productor de su destino, de sus decisiones que macaran su rumbo; para ello se debe conducir bajo lógicas que posibiliten ese ideario. Sus relaciones íntimas deben estar reguladas bajo beneficios personales que viabilicen su salud, su comida, su vestimenta, sus diversiones, sus pasatiempos y sus inquietudes.

Bajo este derrotero, nace el elogio verbal de la libertad que dejará de arrojarse en discursos populistas de políticos o líderes públicos. Ahora el carácter de la libertad se expresará en la sociedad individualizada en hechos y en la vida cotidiana con los siguientes fundamentos de existencia: la idea del bien común, del amor para toda la vida, del compromiso social, de la responsabilidad comunitaria, del trabajo seguro, de la certidumbre de la seguridad social, de ideologías políticas promotoras de un mundo habitable y de la vida digna para todos.

La libertad de la vida cotidiana que fundamenta el mercado y la reinventada democracia liberal que reina en diversas sociedades, ha generado un nuevo individuo, cuyo producto deriva en un ser humano ávido de independencia y autonomía, desmoralizado y desterrado de los viejos valores tradicionales para convertirse en un individuo cuyos valores éticos se encuentran en constante modernización. Esta nueva manera de conducirse tiene repercusiones en el campo político.

De ahí que, a menudo existan diversas problemáticas entre generaciones y se hable comúnmente de crisis de valores. Según Ulrich Beck, nuestra época no es que viva sumergida por una etapa de crisis, sino más bien estamos sufriendo de libertades y a menudo nos vemos en la imposibilidad de entenderlas y explicarlas de manera adecuada. (Beck, 2006).

Al respecto, no es que la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo tuvieran como propósito generar mayores libertades y mejores adeptos para una vida mejor y habitable. Estos elementos que eran autóctonos de las sendas productivas encontraron en la democracia la forma para cosificar un individuo que naciera, se educara y se condujera bajo dichos estándares. Los jóvenes y las generaciones que nacieron posterior a la segunda oleada de la globalización tecnológica a partir de la caída del muro de Berlín fueron sus víctimas. “Los hijos de la libertad” (Beck, 2006), como los define Ulrich Beck son la fiel expresión de la sociedad individualizada.

Estas nuevas generaciones están dando lugar a un tipo de sociedad de individuos solos. Estos individuos se encuentran en la imposibilidad de generar relaciones de larga duración, de entablar conversaciones con los otros y los diversos que vayan más allá de interconexiones tecnológicas que facilita el internet y las redes sociales.

Estas generaciones de individuos solos rodeados de estándares mercantiles y democratizadores, viven sumergidos en espacios en los que se reflexiona y se percibe de manera moralmente responsable y conflictiva.

Ya que, por una parte, estos individuos se convierten en grupos cada vez más inmanejables e incluso inaccesibles para la acción, pero por otro lado, se conmueven por problemáticas como: ¿De qué manera es posible frenar la destrucción global del medio ambiente?, ¿cómo lograr que los animales no humanos no sufran de violencia, abandono y masacre?, ¿cómo puedo vivir y amar sin ser lastimado o herido y no confundirme en el intento?, ¿cómo puedo cambiar mi mundo a través de situaciones que vayan más allá de elecciones y partidos políticos?, ¿cómo

asegurar mi vida existencial y material en los años venideros? Todos estos interrogantes escapan de la política tradicional, por lo que los individuos ya no creen en ella.

Bajo esta ranura, la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización aprovechan esta posibilidad para generar sociedades de hombres solos y generar una relación sin relación. En ese sentido, bajo estos tres elementos, y la libertad que fomenta las democracias y el mercado posibilitan que la sociedad atravesase por una creciente individualización y tenga repercusiones sociales y políticas.

Esta situación conduce a que las sociedades sean conformadas por hombres solos, pues una de sus características principales es la desunión por parte del individuo para establecer relaciones duraderas, confiables y tolerantes que posibiliten generar ambientes distintos con el objetivo de solventar sus bienes colectivos. En ese sentido, el individuo establece relaciones mediadas por las lógicas del mercado; la esfera comercial usurpa cualquier forma de relación y los aparatos del consumo se establecen como únicas formas de sociabilidad y libertad.

Ulrich Beck menciona que: “nos enfrentamos, en esencia, no a un derrumbe de valores, sino a un conflicto de valores, a dos conceptos heterogéneos, en estilo y contenido, de sociedad, de política y democracia” (Beck, 2006: 15). Quienes conforman la sociedad de individuos solo:

Se ven confrontados a un mundo que ya no se divide en dos campos, sino que ostenta una cantidad inabarcable de líneas de ruptura, de saltos y de abismos, entre los cuales nadie sabe muy como orientarse. El futuro se ha vuelto pluridimensional, los modelos explicativos de los mayores ya no se sostienen... Existen muchos enigmas que soluciones y, si nos fijamos bien, las propias soluciones se revelan como costales repletos de enigmas (Beck, 2006: 15).

En consecuencia, las relaciones humanas se desvinculan y se desentrañan, ya que el “sentimiento de inseguridad que esa fragilidad inspira y los deseos conflictivos que ese sentimiento despierta” (Bauman, 2007: 7-8), provocan que los lazos se estremezcan, y al mismo tiempo, se aíslen y se eviten.

Los individuos desconfían de sus relaciones, sobre todo cuando pretenden ser para toda la vida, debido a que ese compromiso puede convertirse en una carga y ocasionar diversas tensiones y sufrimientos que no deben soportarse, pero sobre todo porque atentan contra la libertad y el placer de vivir sin ataduras.

“En nuestro mundo de rampante individualización las relaciones son una bendición a medias” (Bauman, 2007:8). Oscilan entre el sueño y la pesadilla. Se han convertido en lazos ambivalentes, caóticos y paradójicos. De tal manera que el individuo antes de ocuparse por el otro, se ocupa fundamentalmente de su propia vida.

Martin Heidegger afirmaba que las cosas se revelan a la conciencia solamente por medio de la frustración que causan, arruinándose, desapareciendo, comportándose de manera inesperada o traicionando su propia naturaleza. (Heidegger, 2000). El interés de los individuos de nuestra época tiende a concentrarse en ellos mismos. En ese sentido, cualquier relación sólo es permitida si cumple con estos requisitos. De lo contrario el aislamiento es el camino que hay que recorrer para alcanzar la meta.

Por lo tanto, a diferencia de las relaciones de parentesco, de pareja, de ideologías políticas, académicas y de cualquier índole que demande compromiso mutuo, el individuo las sustituye por redes de relación. La red “representa una matriz que conecta y desconecta a la vez: las redes sólo son imaginables si ambas actividades están habilitadas al mismo tiempo. En una red,

conectarse y desconectarse son elecciones igualmente legítimas, gozan del mismo estatus y de igual importancia" (Bauman, 2006: 12).

La red augura la libertad, evita la fatiga del compromiso y puede cancelarse en cualquier momento a voluntad cuando estas comienzan a convertirse en detestables e indeseables. A diferencia de la relación, estas por lo regular están cocinadas bajo las ganas, el atrevimiento, por el compromiso de crear algo nuevo o transformar las situaciones. Sin embargo, como los analizamos en la entrega anterior, las relaciones que se configuran en nuestra sociedad individualizada se cosifican fundamentalmente en relaciones de mercadeo, en donde la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo confeccionan métodos y formas de vida en el cual el individuo adopta prácticas como el hedonismo, la competencia y el derecho a tener insumos de entretenimiento, consumo y diversión.

Por lo tanto, las relaciones que generan estos elementos a través de la individualización, se encuentran mediadas por el consumo y la producción. No solamente de mercancías, sino de sus propias vidas. Los valores del mercado han sido adoptados por los individuos que viven en la sociedad moderna como una forma de vida. En donde la libertad, la autonomía y la independencia se han convertido en los estándares primordiales de existencia social, política, cultural y civilizatoria.

Estos nuevos valores que generaron la especialización, la solidaridad productiva y la división social del trabajo en el individuo produjeron que el sentimiento de compromiso y solidaridad social dejaran de significar el hilo de unión de las relaciones sociales y personales. Establecer compromisos rígidos cuyas relaciones estén mediadas por el carácter del apoyo, la responsabilidad y del arraigo hacia los otros dejó de concebirse como aquellas relaciones de larga duración.

En nuestros tiempos las promesas del compromiso no significan nada para el futuro próximo. El compromiso de nuestros tiempos, según Zygmunt Bauman "es el resultado de otras cosas: del grado de satisfacción que nos provoca la relación, de si vemos para ella una alternativa viable, y de si la posibilidad de abandonarla nos causará la pérdida de alguna inversión importante (tiempo, dinero, propiedades compartidas, hijos, etc)" (Bauman, 2007: 29).

El compromiso a diferencia del pasado, se ha convertido en un lazo que satisface necesidades y que ayuda a potencializar las metas establecidas por individuo. Estar con el otro, significa invertir dinero, tiempo, dedicación, comprensión, entretenimiento, placer y deseo de superación profesional, laboral y algunas veces familiar. Sin embargo, estas relaciones deben estar equilibradas bajo la idea de libertad personal, autonomía e independencia.

Una relación "es una inversión como cualquier otra: usted le dedica tiempo, dinero, esfuerzo" (Bauman, 2007:29), cuando el individuo percibe que sus "inversiones" se encuentran en riesgo, las corta por buena voluntad. En consecuencia, las relaciones que se establecen en el mundo moderno actual deben asegurar por lo menos a corto plazo, acciones que aumenten su valor y la deseche, es decir, las rompe cuando las ganancias comienzan a disminuir o cuando otras relaciones prometen un ingreso mayor.

Si usted invierte en una relación, el provecho que espera de ella es en primer lugar seguridad, en sus diversos sentidos: la cercanía de una mano que ofrezca ayuda en el momento en que más las necesite, que ofrezco socorro al dolor, compañía en la soledad, que ayude cuando hay problemas, que consuele en la derrota y aplauda en las victorias; y que también ofrezca una pronta gratificación (Bauman, 2007:30).

Cuando estas condiciones dejan de satisfacer esas necesidades y placeres, el individuo evalúa seguir adelante o cancelar el contrato. Estas relaciones construidas por el costo-beneficio

significan un verdadero pesar que se traduce en malestares individuales y que atenta contra a lógica de bienestar, seguridad y placer. Paradójicamente, estas relaciones resguardan en sí mismas conflictos que se manifiestan en problemas psicológicos, identitarios y hasta civilizatorios, ya que las relaciones no sólo dejan de cumplir las necesidades, sino que además se convierten en penurias irritantes, enloquecedoras, nostálgicas en dónde el individuo en su aislamiento se encuentra en su búsqueda constante, pero cuando logra establecer lazos íntimos se siente vulnerable y acorralado. “Usted buscó esa relación con la esperanza de mitigar la inseguridad que lo acosaba en soledad, pero la terapia sólo ha servido para agudizar los síntomas” (Bauman, 2007: 31).

Considerar a las relaciones como una condición comercial es lo que ha producido a través de los tiempos, la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva, las cuales se arroparon en la ideología del mercado para generar en la sociedad valores que se midieran bajo sus lógicas y mecanismos. En consecuencia, la individualización mantiene a sus víctimas en el acecho de la vida ordinaria confusa, depresiva, desorientada y estresada.

Mientras las relaciones sigan siendo concebidas como inversiones y pretendan garantizar las seguridades y las necesidades personales, el individuo estará sometido a la zozobra de las emociones. Y eso lo hará un ser más vulnerable a la dominación y al sometimiento no solamente de su destino, sino de toda su existencia privada y pública.

La sociedad de individuos solos, en consecuencia, se caracteriza por la soledad, el aislamiento y la confusión, pero a la vez de individuos altamente especializados, y con el sentimiento solidario para producir bienes materiales. Bajo el estándar de la libertad para conducirse, con la autonomía para tomar decisiones que beneficien su existencia y con la total independencia para poder lograr sus cometidos.

En consecuencia, las relaciones sociales se convierten en utensilios de consumo con el propósito de generar una afinidad que establezca interconexiones de costo y beneficio con el ánimo de incrementar el placer y acrecentar las necesidades. Las relaciones como la vida del individuo son concebidas como productores, pero también como consumidores. La ideología del mercado a través de la transición de los valores económicos que confeccionó la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva en el individuo ha originado que sus decisiones y sus lazos de asociación se mantengan en la dinámica productor-consumidor.

Por lo tanto, las relaciones que establece el individuo se mercantilizan y se depositan bajo la lógica del costo-beneficio, se hacen desechables y el compromiso se lacera con el objetivo de que ésta no atente contra la libertad, la autonomía y la independencia. Bajo esta dinámica, la esencia de la individualización toma sentido, pues en su naturaleza se encuentra concentrar el yo por encima de los demás marcos de socialización que demande compromiso, responsabilidad y solidaridad social. En otras palabras, la exacerbación de la subjetividad del individuo se radicaliza.

El yo antecede al otro y se manifiesta en la sociedad de individuos solos a través de la movilidad. De la misma forma que la lógica del mercado, la vida del individuo debe encontrarse en movimiento constantemente. Para lograr el equilibrio el individuo debe adoptar actitudes y pensamientos que lo ayuden a caminar bajos esos derroteros.

Para ello, la especialización ayudará a combatir dichos embates que la globalización y el propio individualismo impone a través de la subsistencia por medio del mercado. En otras palabras, el individuo si pretende vivir para sí, tiene que vivir socialmente a través del trabajo, de las

relaciones costo-beneficio, de la innovación de fuentes que maximicen sus recursos materiales y privados y vivir bajo el ideal de la libertad.

“Nadie debe quedar atrapado en la ilusión” (Beck, 2006:19). El individuo en la sociedad de individuos solos encuentra ante sí un mundo en el cual el bienestar, se erosiona (Beck, 2006:189). La libertad individual, de la misma manera que lo hace los valores del mercado, supone seguridad, bonanza y prolongación de la vida.

Cuanto menor libertad tiene el individuo, tanto más penosa y amenazante se hace, pues al verse enjaulado su condición violenta lo orilla a buscar caminos de libertad. De ahí que no sea raro que, en nuestros días, al individuo no se sienta identificado con antiguos movimientos religiosos, sindicales o partidistas. Además de que la libertad, al ser negada motiva al individuo a convertirse en un sujeto violento, depresivo y conflictivo.

Si bien es cierto, que también vivir sin ataduras puede contraer las mismas problemáticas psicológicas y sociales, atentar contra la libertad en la sociedad de individuos solos, es infringir contra una dinámica de organización social, económica, política y cultural, lo que transgrediera a la individualización, y, por ende, a los beneficios que le trae consigo al mercado y a la misma democracia liberal. La libertad es el corazón que da sentido al status quo de la sociedad moderna.

La libertad más allá de ser un logro se ha convertido en un arma paradójica que se alimenta de ideologías mercantiles, pero que atentan contra la dignidad de los individuos. En consecuencia, la libertad que acoge el individuo es impuesta por las élites que dan dirección. La vida que cada individuo aparenta escoger no es una forma de existencia que el propio sujeto haya escogido, sino la existencia del individuo sólo es un principio estructural social y colectivo cuyas condiciones se adaptan a los arquetipos de conducta y pensamiento que impone el mercado, la democratización de la libertad y la ética dominante a través del consumismo, el hedonismo, la indiferencia política y la competencia por obtener mayores recursos que satisfagan las necesidades. Justo como Ulrich Beck menciona: “la vida de cada uno no es una forma de existencia que uno ha escogido, sino un principio estructural social y colectivo” (Beck, 2006:30).

El individualismo tal parece que se sitúa en la conducta del sujeto de forma programada e inducida a través de instituciones como la ley, la educación, el mercado, los espacios laborales, el entretenimiento, la publicidad y el consumismo a través de marcos de referencia predeterminados por estructuras políticas y económicas que se expresan a partir de la democracia liberal y la globalización a través del neoliberalismo.

Esta situación repercute drásticamente en la conformación de movimientos y grupos que despiertan fervor por el compromiso, la responsabilidad y la solidaridad social, ya que el individuo a percibirse liberado, pero sobre todo mediado por relaciones de costo- beneficio posibilita sociedades de individuos aislados y distantes. En consecuencia, otra característica de este tipo de sociedades es que el individuo desarrolla identidades desincrustadas liberalizadas.

Con el declive de las clases y los grupos de estatus, el individuo debe convertirse en agente de su propia identidad. El individuo, no su clase social, se convierte en la unidad de reproducción de lo social en su propio mundo vital. Los individuos tienen que desarrollar su propia biografía y organizarla en relación con los demás (...) Junto a este liberar a los individuos de las trabas tradicionales, se produce una nueva estandarización mediante la dependencia del individuo del mercado laboral.

El individuo liberado se vuelve dependiente del mercado laboral, y por ello mismo, dependiente, por ejemplo, de la educación, el consumo, las ayudas del Estado de bienestar, y finalmente, de las posibilidades –y modas- de la atención médica, psicológica y pedagógica. La

dependencia del mercado se extiende a todos los ámbitos de la vida. (Beck & Beck-Gernsheim, 2003: 340-341). Justo como lo señalaba Georg Simmel, el dinero individualiza, cosifica, estandariza y globaliza (Simmel, 2000). Esta situación fomenta el deseo de construir una vida propia en la cual la fe laboral por generar nuevos mecanismos de subsistencia cubra, al menos, las carestías y aspiraciones que los individuos mantienen durante el desarrollo de sus existencias.

La solidaridad no significa construir un mundo posible a partir de equipos e instituciones políticas como, por ejemplo: la militancia partidista, las agrupaciones civiles sin fines de lucro o desde la buena intención por modificar la realidad social desde el pensamiento, la reflexión, la acción y la crítica. La solidaridad significa, en la sociedad de individuos solos, involucrarse con el otro para establecer relaciones laborales, constituir un gremio que permita abrir nuevos mercados y competir junto con otras empresas en la escena nacional e internacional.

Justo como lo habían visualizado Aldous Huxley en *Un mundo feliz* y 1984 de George Orwell, casi como una fotocopia de lo que describen ambas obras, acontece en el mundo real de la sociedad de individuos. En nuestra época la libertad individual atraviesa por una serie de apariencias en donde el individuo se percibe como un sujeto libre y autónomo, pero que vive atado sobre un látigo que lo demanda a obedecer órdenes y seguir rutinas prefijadas; es un mundo en donde una pequeña elite mueve los hilos del mundo bajo un contexto de peligros latentes amenazados por guerras nucleares, genocidios, líderes políticos fascistas, escasez de alimento, agua y recursos naturales.

Si bien pareciera que este panorama es un tanto fantástico o describiera la trama de una película de terror o de ciencia ficción, la sociedad de individuos solos, se caracteriza, además de riesgos continuos que en gran medida han sido impulsados por el propio capitalismo a través de la lógica del mercado. El individuo se encuentra en constante manipulación y bombardeo de elementos que desorientan su pensamiento, sus ocupaciones y responsabilidades, por lo que opta por dejar de lado las problemáticas que lo aquejan en sociedad, para ocuparse primordialmente de su situación privada.

En ese sentido, la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad orgánica se ha depositado en la psique del individuo y se ha convertido en el carácter fundamental de la vida social moderna que se expresa a partir de los valores del mercado y da paso a nuevos valores que permiten un tipo de sociabilización modelada por relaciones comerciales. Estas categorías permiten que el individuo se conciba como consumidor y productor de su existencia. Por lo tanto, para sobrevivir es necesario que el individuo organice su vida en torno a patrones productivos.

Estos roles permitirán generar en el individuo sueños, aspiraciones, deseos, esperanzas, despertares utópicos vinculados al emprendimiento y la creación de nuevos espacios laborales. Para alcanzar “sus sueños”, es necesario que organice su vida alrededor de marcos de referencia en donde pueda actuar libremente en el campo de la seducción, del deseo, del placer, del entretenimiento y del goce. Esto posibilitará la formulación de imaginarios individuales y colectivos a la idea del lujo y la libertad.

El lujo y la libertad se convierten en los dispositivos para convertir el lujo de hoy en la necesidad del mañana. Y, en consecuencia, las relaciones que el individuo origina en la sociedad de individuos solos están confeccionadas por circunstancias que posibiliten ambas condiciones. De ahí que no sea raro percibir en nuestros días relaciones que se establezcan bajo el valor primordial de la libertad; la libertad posibilita el lujo del deseo en la relación, el cumplimiento del placer a través de la necesidad y la reproducción de la vida ligera sin ataduras y compromisos. Bajo este contexto se desarrolla el ideal de plenitud en la sociedad individualizada.

Contradictoriamente, libertad y plenitud generan problemáticas que se expresan a partir de depresiones, frustraciones, miedos e incertidumbres. Albert Camus señalaba, “salvo por algunos vívidos momentos de plenitud, para ella toda realidad es incompleta. Sus acciones se les escapan bajo la forma de otras acciones, vuelven, bajo disfraces inesperados a juzgarla, y desaparecen, como el agua que Tántalo anhelaba beber, por algún agujero invisible.” (Camus, 1996: 226)

Esta situación que genera la libertad a través de la lógica del mercado y de las inestables relaciones que establece el individuo, origina que las identidades se hagan flexibles y manipulables. En ese sentido, la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización encubren los valores que dan fortaleza a la integridad del individuo y las transforma en aparatos de escape para dar sentido a su existencia. Es decir, adopta estas categorías que devienen del capitalismo y las adopta como una forma de vida para dar sentido a su destino.

Bajo estas estas situaciones de volatilidad e inestabilidad es como se confecciona y se conduce la sociedad de individuos solos, ya que todas “las i-relaciones” que se inventan están conducidas por la dependencia del consumo con el propósito de satisfacer las necesidades individuales y al mismo tiempo mantener en apariencia la condición de ser totalmente libres.

La libertad que impulsa la individualización es genuinamente elegible. Y, por ende, se convierte en un elemento que se vende y se obtiene a partir del dinero, del estatus y las posibilidades que brinda el mercado. Bauman argumenta: “el carácter genuino de la libertad de elección del consumidor, especialmente su libertad de autoidentificarse por medio del uso de productos masivos y comercializados, es un tema discutible. Esa libertad no existe sin las sustancias y los materiales abastecidos por el mercado” (Bauman, 2009:90).

En la sociedad de individuos solos, la libertad se limita a la compra y la producción de bienes materiales. Ser libres significa tener recursos para consumir y, a su vez, estar preparado para producir lo que se consume. El manejo de ambas aptitudes y actitudes se traduce en prácticas de plenitud que el individuo busca constantemente. Para ello se educa, se especializa, adopta valores como la solidaridad productiva y aprende a relacionarse con el otro para dividir el trabajo y maximizar sus ganancias.

La libertad que impone la lógica del mercado segrega e incluye; ya que la libertad que ésta promueve sólo puede ser alcanzada por algunos, por lo regular por quienes se adaptan a los rápidos cambios que genera la propia globalización. Para estar preparado es necesario que el individuo se mantenga a flote a través de la especialización y la capacitación constante. Sólo de esta forma, podrá seguir permaneciendo a un estatus y en la lógica de la libertad. De lo contrario, se convertirá en un individuo negado, invisibilizado, sojuzgado y exterminado.

Como señala Jeremy Seabrook: “los pobres no viven en una cultura diferente de la vida de los ricos. Deben vivir en el mismo mundo creado para beneficio de los que tienen dinero. Y su pobreza es agravada tanto por el crecimiento económico como por la recesión y la falta de crecimiento” (Seabrook, 1988: 168-169).

El arte de elegir es la condición esencial de la vida social moderna, pero, sobre todo, se convierte en un principio fundamental de la individualización. En otras palabras, en la sociedad de individuos solos, la vida es de quien la elige y junto con ello la libertad y sus posibilidades. No obstante, esta vida está colmada de riesgos, equivocaciones, miedos y malas experiencias.

La vida de quien elige siempre será una bendición a medias, aun cuando (o más bien porque) el rango de opciones es amplio y el volumen de ambas experiencias parece ser infinito. Esta vida está colmada de riesgos: la incertidumbre está condenada a convertirse en una permanente mosca en la sopa de la libre elección. No todas las opciones que se ofrecen son realistas, y la

proporción de opciones realistas no está determinada por el número de ítem a elegir sino el volumen de los recursos de los que dispone (Bauman: 2009:94).

El mercado ha hecho de la libertad un objeto que se puede elegir siempre y cuando existan recursos de por medio. “Tener libertad significa soportar las consecuencias de las malas elecciones, y por lo tanto, la libertad del atributo menos deseable de la vida de elección” Bauman, 2009:96). En ese tenor la libertad se reduce a una simple opción y en una condición del más fuerte para movilizarse, especializarse y flexibilizarse. El individuo se convierte en un ser polifacético y multidinámico cuya capacidad debe soportar y resolver todas sus responsabilidades y al mismo tiempo satisfacer sus necesidades y seguridades.

Este contexto permite desarrollar un individuo de apariencias, similitudes y de nociones que simulan ser saludables para su existencia, pero que, a la vez, sustraen un arma de doble filo. El exceso de oportunidades acrecienta la desestructuración, la fragmentación y la desarticulación. De esta manera, el individuo a partir de la adopción de valores del mercado, produjo un desasimio de todo vínculo social que sustrajo el compromiso, la solidaridad y responsabilidad social con el ánimo de construir mejores mundos posibles en relación con los otros. Y en donde la libertad, más allá de convertirse en un estandarte de dignidad y felicidad pública, se transformó en un mecanismo opcional que facilita al individuo obtener beneficios centralizados en el consumo y la producción.

No obstante, este contexto permite construir un nuevo ideal de libertad y mundo posible en donde la sociedad de individuos se pueda reconfigurar hacia nuevos escenarios tangibles a través de la condición de la acción política.

De esta manera, la desvinculación de toda relación sociopolítica y personal, desde nuestra óptica, puede reconfigurarse a través de la crítica y la toma de conciencia a partir de la transgresión del ideal de libertad que establece el mercado a través de la acción plural y política. Y junto con ello, conceptualizar la categoría de libertad, no asumida a modelos mercantiles productivos, sino trasladarla hacia los espacios de composición social, política y cultural que se sanean a partir del compromiso, la organización y la responsabilidad en relación con los otros individuos. Este contexto admite abrir un intersticio que permite la posibilidad de crear una realidad política distinta a pesar de la ideología de la individualización.

Alcanzar este nuevo derrotero, podría ser posible a partir de la idea de libertad concebida como acción política, cuyo propósito sea la confrontación de las diversas lógicas de organización y desvinculación social que impone la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización. Si bien estas categorías cosifican en el individuo conductas que se expresan a partir del hedonismo, el egoísmo, el consumo, la indiferencia política y la falta de compromisos sociales, también ponen en jaque los viejos valores morales que en el pasado habitaban y formulaban una especie de cohesión social.

En consecuencia, la autonomía, la independencia, la búsqueda de la felicidad privada y el egoísmo producen una revolución que se internaliza en el individuo y se convierten en ideologías que producen individuos solos y aislados.

Por lo tanto, el sistema político que se construye y se empodera en la sociedad moderna es pensado independiente del sujeto, ya que a partir del discurso democrático y del sistema económico capitalista se edifica un régimen de metas individuales que deben ser eficaces y alcanzables para quienes integran y forman parte de este sistema de organización social, financiero y político.

En ese sentido, el sistema económico capitalista a través de las categorías enunciadas, posibilitaron a través de los estándares que genera la individualización la creación de una ideología que se enclaustra en el ideal de la libertad de tipo mercantil y productivo para garantizar una forma de organización con el propósito de salvaguardar el capitalismo competitivo (Friedman, 2003).

Uno de los principales exponentes del afamado neoliberalismo, Milton Friedman afirma en sus reflexiones:

El sistema económico juega un papel dual en la promoción de la libertad. En primer lugar, la libertad económica, en sí misma, un componente esencial de la libertad general (...) en segundo lugar, la libertad económica es un medio para la libertad civil o política. Al permitir una efectiva separación entre el poder económico y político, reduce los costos de la idiosincrasia política y proporciona numerosos centros independientes de potencial oposición a la superación de la libertad (Friedman, 2003: 1).

El “capitalismo competitivo” (Friedman, 2003), hizo de la libertad económica la base de todas las libertades impulsadas a través de aparatos que estableció la propia democracia liberal. Ambos elementos posibilitaron el medio para construir una libertad civil y política bajo estándares que son mediados bajo reglas y lógicas mercantilistas.

Los individuos deben responder a este modo de vida para cumplir su rol como individuos responsables y comprometidos con sus causas y placeres privados. En ese sentido, para orillar al individuo a responder a este paradigma, es necesario que el individuo adopte los valores capitalistas que se desprenden de la división social de trabajo, la especialidad y la solidaridad productiva y lo lleve a la práctica en cualquier espacio de convivencia.

Por lo que la coerción de la ley se convierte en el aparato idóneo para que los individuos coordinen sus actividades productivas, sociales y políticos, pero sin atentar contra las libertades de los otros, lo que produce que el individuo conciba su existencia como un mecanismo que debe adaptarse a las técnicas del mercado para sobrellevar su existencia hacia derroteros más dignos, seguros y confiables en donde la actividad y libertad política sea último fin.

Esta idea fue bien acuñada desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, en donde los principales escritores liberales tales como Dicey, Hayek, Simóns, Ricardo y Smith, sólo por mencionar algunos, subrayaron que la libertad económica es un medio para lograr una libertad política, y donde la ley se convertía en un punto de semejanza entre los quehaceres cotidianos y las actividades políticas de los individuos.

El modelo de sociedad organizada, desarrollada y progresista se daba bajo los idearios de la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo dando como resultado un *homo economicus* y una sociedad de libre empresa con libertades que son posibles a partir de la consolidación del capitalismo competitivo. La libertad que estableció los valores del mercado se convirtió en el punto medular para que el individuo reconociera su interdependencia con su libertad individual. De ahí que no sea raro que hoy más que nunca el individuo se perciba como un sujeto solidario y dependiente de los otros para crear bienes materiales, pero sin atentar contra su propia libertad de asociación, placer o goce y sobre todo sin atentar contra las libertades de los otros. A este acto se le reconoce bajo la dinámica de los derechos del individuo.

Es por ello que en nuestra época los individuos que viven inmersos en este tipo de sociedades, conciban liberarse al “deshacerse de las ataduras que impiden o constriñen el movimiento, comenzar a sentirse libre de actuar y moverse. Sentirse libre implica no encontrar estorbos, obstáculos, resistencias de ningún tipo que impidan los movimientos deseados o que puedan

llegar a desearse” (Bauman, 2002: 21). La realidad del individuo es creada por el acto de deseo (Schopenhauer, 2002). Lo que implica encontrar un equilibrio entre las aspiraciones, la imaginación, la capacidad de actuar e innovar en un mundo competitivo, especializado y polifacético.

Sin embargo, este equilibrio repercute de manera paradójica acrecentando sus dilemas, pues por una parte el individuo se percibe ávido de motivación para cambiar sus realidades, pero por otra parte su liberación se distingue como un acto vacío y carente de estimulación para cambiar sus necesidades con los otros, ya que los medios para hacerlo son limitados, complejos y caóticos. “Mientras se mantenga efectiva este tipo de libertad, el elemento central de este tipo de organización consistirá en que el individuo no interfiera con otras actividades, volviéndose un consumidor y productor” (Friedman, 2003: 5).

Las libertades económicas que proporciona el mercado incluyen en la libertad de aprovechar al máximo los recursos, siempre y cuando no afecten la libertad del otro. Para ello el individuo deberá acrecentar su especialización de su fuerza de trabajo, así como también, desarrollar su capacidad de convencimiento para involucrar más individuos a través del discurso solidario con el propósito de mejorar la vida material privada del individuo.

En consecuencia, todo está mediado por estándares mercantilizados que devienen de la dinámica capitalista lo que produce una sociedad de hombres solos que se interconectan bajo el estandarte de la libertad que establece el mismo mercado. Tal parece que la vida del individuo está abarcada en su totalidad por la esfera comercial lo que ocasiona que “las relaciones, los riesgos y angustias de vivir juntos y separados son siempre pensados en términos de costos y beneficios” (Bauman, 2003).

Este panorama es el escrutinio de la individualización, ya que este fenómeno consiste en transformar las relaciones humanas en una simple tarea que hay que llevar a cabo para emprender un camino de libertades y autonomías fundamentadas en quehaceres económicos cuyo propósito sea satisfacer placeres, goces, deseos y fines privados.

Con esto, las sociedades de hombres solos se caracterizan por humanos que “ya no nacen a su identidad” (Sartre, 1990). No basta con nacer burgués o pobre, hay que vivir o aspirar a existir como burgués. “La necesidad de transformarse en lo que uno debe ser constituye la característica de la vida moderna” (Bauman, 2000: 27).

Tal parece que la individualización y la sociedad de individuos solos que generó el capitalismo globalizado a partir del traspaso de la vida mercantil a la vida social. La división del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva ha llegado para quedarse y reproducirse hasta el final de nuestros días, “ya que todo razonamiento acerca de los medios para hacer frente a su impacto sobre el modo que llevamos adelante en nuestras vidas debe partir de la aceptación de ese hecho” (Bauman, 2000: 43).

No obstante, este panorama permite desnudar la esencia de la libertad impulsada por los valores del mercado a través de diversas significaciones relevantes que pueden ser tomados desde la rinda filosófica teniendo un notable impacto de trascendencia. Sobre todo, cuando la libertad se ejerce y se concibe como un elemento que transgrede la realidad política a partir de otras cosmovisiones que tienen que ver con el carácter de la acción política. Este intersticio admite la introducción de una categoría que es viable abordar desde la concepción arendtiana, cuyo propósito vulnera lo que hasta el momento parecía inevitable e inamovible; dicho elemento es la categoría de libertad concebida como acción política (Arendt, 1993).

Se considera que es a partir de esta situación lo que permite abrir nuevos espacios para construir una nueva realidad política, social, cultural e individual distinta que ponga en entredicho

el fundamentalismo de la libertad que impone los valores del mercado en el actual proceso de globalización.

La libertad referida como acción política tiene como propósito repercutir en la vida del individuo a través de la construcción de otras formas de relación cuyo nexo fundamental sea la conquista de bienestar privados y colectivos; que atente contra una sociedad constituida por hombres solos e aislados justo como lo promueve los valores del mercado a través de la libertad limitada que impulsa la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva.

En ese sentido, la dimensión de la libertad asumida como acción política plural tiene sus supuestos a partir del pensamiento de Hannah Arendt entendida como “el espacio establecido por muchos y en el que cada cual se mueve entre iguales” (Gaviria, 2013: 140).

Se trata de un concepto que es compuesto a partir de dos categorías fundamentales: la pluralidad de los hombres iguales en el diálogo, pero diferentes en cuanto a percepciones que tienen del mundo, y, por otro lado, la idea de natalidad como posibilidad de comenzar algo nuevo (Gaviria, 2013). Bajo esta óptica, a diferencia de la libertad limitada la libertad política colectiva vendrá a reconfigurar el ideario individual sobre el sentido de la acción política, así como su relación y compromiso con los otros y los diversos.

Pues mientras la libertad limitada atenta contra la creación de algo diferente en cuanto a organización política y modos de relacionarse con los diversos; la libertad política colectiva supondrá el comienzo de la realización de algo nuevo, el inicio que anima e inspira todas las actividades humanas” (Delgado, 2017:65). Por lo cual, este tipo de libertad al transgredir lo socialmente establecido a través de los efectos de la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva, la libertad política será como “comienzo manifiesto en el acto de fundación” (Arendt, 1991:1).

En consecuencia, la acción no es una actitud pasiva contemplativa direccionada hacia los mecanismos mercantiles cosificada a través de la especialización, la división social del trabajo y solidaridad productiva, sino, más bien, es una forma posible de cambiar las realidades de los individuos a través de la acción política. La acción humana es inicio de una cadena de acontecimientos; los humanos tenemos el extraño poder de interrumpir los procesos naturales, sociales e históricos, pues la acción hace aparecer lo inédito (...) de modo que la acción a diferencia de la conducta, no se medirá por su éxito histórico, sino por este gesto de inicio de innovación (Arendt, 1997: 19).

Actuar significa exponerse ante los otros y los diversos, es “hacer aparecer por primera vez en público (Arendt, 1997:20). Es nacer como ciudadano en su condición plural de sujeto, agente y actor político. Es en este momento cuando la libertad transgrede a la sociedad de individuos solos e aislados que genera la individualización para pretender hacer otros esquemas de organización y socialización con el único propósito de fundar otras realidades en la búsqueda constante de obtener beneficios mutuos y solidarios.

Este contexto, es pertinente una interrogante que ocupó el tiempo de una parte del pensamiento de Hannah Arendt, ¿tiene la política todavía algún sentido (Arendt, 1997:61) en un mundo que parece desvinculado y fragmentado de todo tipo de relación? Para explicar la respuesta a esta interrogante, antes es necesario desarrollar la idea de libertad política [colectiva] que, para términos de nuestra reflexión, servirá para contraponer a la libertad limitada que impulsa los valores del mercado.

El concepto de libertad política en Arendt, se presenta como un “concepto polisémico que permite a sus lectores penetrar diferentes contextos históricos, con el objetivo de hacer frente

a la dominación total para conservar, lo que ella ha llamado en “La promesa de la política” “el milagro de libertad” (Arendt, 2007). Arendt, además de ser una teórica de la política, también es una curiosa de exponer otros modelos de libertad que en el tiempo fueron adquiriendo diversos significados, por ejemplo, en Roma (Arendt, 1990:82). La libertad, bajo este contexto se daba a partir de un consenso explícito que era adoptado por los maiores y debían incrementarla en tanto compromiso político que significaba ante todo preservar la fundación de la ciudad de Roma y hacer de ella un pueblo magnánimo.

En el artículo de Hannah Arendt intitulado *¿Qué es la libertad?* publicado en la obra general *Entre el pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (1961), la autora advertía que preguntarse por la idea de libertad pareciera ser un telos sin esperanza. La libertad, según Arendt:

Resulta ser un espejismo cuando la psicología observa lo que, supuestamente, es su campo más recóndito, lo que pone en juego es una enorme cantidad de causas, factores y motivaciones que en muchos casos, aún se encuentran ocultas en la naturaleza de cada individuo y que la mente tendrá que hacer un enorme cantidad de causas, factores y motivaciones que en muchos casos, aún se encuentran ocultas en la naturaleza de cada individuo y que la mente tendrá que hacer un enorme esfuerzo para poner en orden todos los elementos que saldrán a la luz según las exigencias de las propias experiencias (Arendt, 1996:155).

Para Arendt, la libertad interna y moral (filosófica) del individuo, no tendrá mayor relevancia como la libertad que se desarrolla y se práctica en el espacio público, ya que la libertad no se encasilla por la voluntad de ser libres, sino más bien, la libertad consiste en salir y renovarla. (Arendt, 1996). Por lo tanto, existen dos conceptos de libertad que Arendt concibe, por una parte, la libertad moral que corresponde al campo interno de la mente humana gobernada por la razón y la voluntad “ubicada en el terreno pre-político” (Arendt, 2002), y la libertad política que se comparte en el espacio construido por hombres, acciones y conductas políticas.

En ese sentido, a diferencia de la libertad limitada que genera los valores del mercado, la libertad política “irrumpe en la conciencia de los hombres para evitar que estos se aislen del mundo y se conviertan en seres irrelevantes para la sociedad” (Arendt, 1996: 158). Para nuestra autora la libertad política no depende de la voluntad o del merecimiento, sino de la acción y la palabra, pues ambas, al ser puestas en escena otorgan existencia a algo que no existía, y, por lo tanto, la fuerza de la libertad dependerá de circunstancias cambiantes en el mundo y del valor de los hombres por construir nuevos arquetipos según sus propios principios. “La libertad está libre de la razón y de la voluntad y ahora está lista para actuar, ni antes ni después, porque ser libres y actuar es la misma cosa” (Arendt, 1996:160).

El concepto de libertad en Arendt para el ejercicio de los derechos humanos). Al respecto Arendt, argumenta:

No hay duda de que la vida humana, situada en la tierra, está rodeada de procesos automáticos – los procesos naturales de la tierra-, que, a su vez, están rodeados de procesos cósmicos, y hasta nosotros mismos somos conducidos por fuerzas similares en tanto somos también parte de la naturaleza orgánica. Más aún, nuestra vida política, a pasar de ser el reino de la acción, también se ubica en el seno de los procesos que llamamos históricos y que tienden a convertirse en procesos tan automáticos o naturales como los procesos cósmicos, a pesar de haber sido iniciados por los hombres (Arendt, 199: 2).

La libertad política en contraparte a la libertad limitada, demanda acción, mientras que en la segunda establece comportamientos establecidos en un marco de referencia. Por lo tanto, es en la libertad política como el individuo encontrará los parámetros para insertarse en la acción en un mundo donde ya se encuentran presentes otros. Sin embargo, la acción, sólo es política, sino se encuentra acompañada de palabra [lexis] (Arendt, 1997). “Sólo hablando es posible comprender, desde todas las posiciones cómo es realmente el mundo. El mundo es pues lo que está entre nosotros, lo que nos separa y nos une” (Arendt, 1997:19).

Toda acción cuando se hace política, se convierte en una red de relaciones y referencias ya existentes. Por lo tanto, nos menciona Arendt, que toda acción se caracterizará por ser imprescindible en sus consecuencias, ilimitada en resultados y también a diferencia de los productos del trabajo, irreversible. (Arendt, 1997:17-19) La acción permite que los hombres entren en el juego de generar nuevos discursos y derroteros de aparición en donde el individuo pueda realizarse con los otros. En contraparte, a lo que postula la libertad limitada que promueve los valores del mercado, el individuo con el afán de buscar su libertad política se ve autorrealiza con los otros. Al respecto Arendt argumenta:

La convicción de que lo más grande que puede lograr el hombre en su propia aparición y su realización no es cosa natural. Contra esta convicción se levanta la del *homo faber* al considerar que los productos del hombre pueden ser más duraderos que el propio hombre, y también la firme creencia del *animal laborans* de que la vida es el más elevado de todos los bienes. Por lo tanto, ambos son apolíticos, estrictamente hablando, y se inclinan a denunciar la acción y el discurso como ociedad...y por lo general juzgan las actividades públicas por su utilidad con respecto a fines supuestamente más elevados. Hacer el mundo más útil y hermoso es el caso del *homo faber*, hacer la vida más fácil y larga en el caso del *animal laborans*. (Arendt, 2005: 233).

En ese sentido, la libertad limitada que engendra el mercado produce que las personas no sean pensadas como tales, si no son concebidas como productores y su relación queda medida por lo producido. Por lo tanto, el esquema de relaciones está cautivada por la apetencia de lo producido y no por la fuerza del discurso y la acción de las personas, pues cada acción tiende a generar una reacción distinta, creadora, innovadora, plural y diversa. De ahí que no sea extraño que los individuos históricamente hayan construido ágoras y lugares para sus reuniones e intercambio de palabras, ideas y acciones.

La libertad política emerge como una reflexión y como una posibilidad que le devuelve el sentido a la política, de la forma que también genera nuevas rutas de acceso para la comprensión del mundo de la modernidad y de la sociedad individualizada. Por lo tanto, la libertad política depende, en el individuo, de experiencias y de luchas por ser él mismo y van más allá de los embates que generan la individualización, los procesos de globalización y la libertad limitada.

Por lo tanto, experimentarse a sí mismo a través de la libertad política conduce necesariamente a una relación con los otros y los diversos. En ese sentido, la pluralidad vendrá a convertirse en un elemento que según Arendt, forme parte de la condición humana. Sin embargo, esta pluralidad no debe confundirse con la simple alteridad, sino debe entenderse como la distinción que se produce a través de la acción y del discurso que los individuos emplean al momento de relacionarse políticamente con los otros.

En otras palabras, la pluralidad no significa pluralismo político o alteridad como comúnmente se concibe; pluralidad desde la lógica arendtiana es un espacio de visibilidad, en que los

hombres y mujeres pueden ser vistos y oídos y revelar mediante la palabra y acción quienes son (Arendt, 1997).

De esta manera, la política más que ser una condición no natural de los individuos, es una forma de estar juntos con los otros y los diversos. Es por ello que la acción política se funda sobre el caos de las diferencias.

Por tal motivo, Arendt acusa a la democracia liberal de haber transformado el ejercicio plural de la política en una compleja administración burocratizada, y actualmente tecnologizada, de utilidades, que se manifiestan en el nuevo *hombre laborans* (Arendt, 2003) y que se desarrollaron a partir, de nuestra óptica, de la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo. Además de cosificar un individuo atomizado.

La actividad política para el liberalismo debe respetar las actividades privadas de los individuos, dejando que formen sus reglas de asociación y conducta. Por lo tanto, la libertad que seduce los valores del mercado, siempre debe estar separada de la acción política, porque ésta tiene la función de garantizar seguridad.

La libertad limitada que proclaman las élites económicas y políticas la justifican en la no política, transmitida y entendida como la capacidad de liberarse de la política, y, por ende, de todo compromiso posible, dado que toda acción política está al servicio de las garantías que confieren al individuo la libertad económica y que se enuncian en el trabajo, la propiedad y la sobrevivencia. En su ensayo *Sobre la Revolución*, Arendt considera que esta tradición confundió el sentido de la libertad con el de liberación. Ya que no basta con que estemos liberados para ser políticamente libres.

Por lo tanto, para comenzar a perseguir la libertad política como acción política colectiva y plural, un mecanismo viable en el actual proceso de individualización, es través del diálogo y de la acción colectiva ya que ambas partes demanda compromiso por escuchar, discernir, criticar, enjuiciar. Diálogo y acción significan la capacidad de asimilación, interpretación y comprensión del mundo a partir de métodos de cambio que se desglosan de la diversidad y del interés común que cada sujeto político mantiene como afinidad permanente sobre los asuntos relacionados a sus derechos, inquietudes, afinidades e ideologías.

La libertad política demanda salir al escenario público-político para que ahí se encuentren los unos con los otros en la modalidad de la acción y discurso. A pesar de la crisis en la que se encuentra la política, su oficio sigue siendo una necesidad ineludible en la vida del individuo. En donde la libertad política expresada a través de la acción colectiva es su objetivo inmediato. La libertad política comienza donde el ejercicio de la política termina.

Por ahora el sueño de la alteridad aterriza en otras formas de participación política vinculadas al ser-estar-juntos con los otros y los diversos, ya que aquello que convoca como: la injusticia, la violación de los derechos humanos, la inseguridad, la falta de empleo, las problemáticas migratorias, entre otros problemas nos conduce necesariamente a interesarnos por los otros, pero desde otras dinámicas que se manifiestan más allá de la individualización de la sociedad y de la política.

En ese sentido, hay una endeble irrupción de la libertad política en los terrenos de la sociedad individualizada, sin duda, están abriendo un espacio de transgresión hacia aquellos esquemas que imponen las élites a través de la libertad limitada que promueve el mercado y la lógica capitalista en el actual proceso de globalización.

Este panorama abre posibilidades justo como Arendt menciona:

La diferencia decisiva entre las “infinitas improbabilidades”, sobre la cual descansa la realidad de nuestra vida en la tierra, y el carácter milagroso inherente a esos eventos que establece la realidad histórica es que, en el dominio de los asuntos humanos, conocemos al autor de los “milagros”. Son los hombres quienes protagonizan, los hombres quienes por haber recibido el doble donde la libertad y la acción pueden establecer una realidad propia. (Arendt, 1991: 4).

En consecuencia, la desvinculación de toda forma de relación y las libertades que establecen los valores del mercado a través de instituciones políticas tradicionales, limitan al individuo a buscar nuevas sendas y mecanismos de participación y acción política. Las contradicciones son parte esencial de la individualización, y la actividad política en relación con quienes hacen la política no se libran del embrollo. De hecho, la individualización hace de la política tradicional una acción política tautológica en donde el individuo deja de creer, pero al mismo tiempo concibe, piensa y visualiza una alternativa para construir un mundo posible, pero no desde la senda tradicional, sino a través de lo que se conoce como la *alterpolítica*.

FUENTES CONSULTADAS

- Arendt, Hannah (1997) ¿Qué es política? Barcelona. Pensamiento Contemporáneo.
- Arendt, Hannah (2005.) *De la historia a la acción*. Buenos Aires. Paidós.
- Arendt, Hannah (2000). *Entre o pasado e o futuro*. Sao Paulo. Perspectiva.
- Arendt, Hannah (2001). *La condición humana*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Arendt, Hannah (2003). *Sobre la revolución*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Arrighi, Giovanni (2007). *Adam Smith en Pekin: Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid. Akal.
- Berlin, Isaiah (2000). *Dos conceptos sobre la libertad y otros escritos*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Bauman, Zygmunt (2002). *En busca de la política*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid. Cátedra.
- Bauman, Zygmunt (2010). *Libertad*. Barcelona. Losada.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México. Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vida líquida*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich, (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich (1999). *Hijos de la libertad*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich (2002). *Libertad o Capitalismo. Conversaciones con Johnnes Willms*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich (1994). *Modernidad reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid. Alianza.
- Beck-Gersheim, Elisabeth (2003). *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona. Paidós Contextos.
- Bürger, C & Bürger, P. (1987). *La desaparición del Sujeto: una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid. Akal.
- Camus, Albert (1996). *El primer hombre*. México. Ediciones de bolsillo.
- Castoriadis, Cornelius (2005). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires. Editorial universitaria de Buenos Aires.

- Castells, Manuel (1998). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era del internet*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Chul Han, Byung, (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona. Herder.
- Chul Han, Byung, (2015). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona. Herder.
- Chul Han, Byung, (2015). *La sociedad del aburrimiento*. Barcelona, Herder.
- Coriat, Benjamin (2003). *Pensar al revés: Trabajo y organización en la empresa japonesa*. Madrid. Siglo XXI.
- Delgado, María Concepción (2017). "El concepto de libertad en Hannah Arendt para el ejercicio de los derechos humanos". México. *Revista de Ciencias Sociales*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Durkheim, Émile (1987). *La división del trabajo*. Madrid. Ediciones AKAL.
- Durkheim, Émile (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Ediciones AKAL.
- Elias, Norbert (2009). *La soledad de los moribundos*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Friedman, Milton (2003). *Capitalismo y libertad*. Madrid. Editorial Rialp.
- Gavira, Luis (2013). *El concepto de libertad política en Hannah Arendt*. Manizales. Universidad Autónoma de Manizales.
- Giddens, Anthony (1994). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona. Editorial Labor.
- Giddens, Anthony (2005). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México. Taurus.
- Heidegger, Martín (2000). El intento por pensar la esencia de la técnica como una reorientación en el Ethos. *Revista Perseitas*. 4. 1. Colombia.
- Lipovetsky, Gilles (2003). *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama.
- Marx, Karl (1978). *El capital. Crítica de la economía política*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, Michel (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso de las tribus en las sociedades posmodernas*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Mill, John, S. (2012). *Sobre la libertad*. Barcelona. Akal.
- Moreno, Alejandro (1991). *El concepto de vida en la ética contemporánea*. Madrid. Universidad de Murcia. Departamento de Filosofía.
- Orozco, J Manuel (2014). *De la sociedad del cansancio a la sociedad del aburrimiento. Un estudio sobre el pensamiento de Byung-Chul-Han*, México. Estudios 113-ITAM. vol XIII.
- Paz, Octavio (1950). *El laberinto de la soledad*. México. FCE.
- Posadas, Ruslan (2015). *Realidades líquidas, conceptos zombies. El léxico de la política en la globalización*. México. UACM/Gedisa.
- Rifkin, Jeremy (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. México. Paidós.
- Sartre, Jean Paul (1990). *El ser y la nada*. Argentina. Losada.
- Seabrook, Jeremy (1988). *Clases, castas y jerarquías*. Barcelona. Intermon-Oxfam.
- Sennet, Richard (2006). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona. Anagrama.
- Simmel, George (2003). *Filosofía del dinero*. Barcelona. Paidós.
- Smith, Adam (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid. Alianza.
- Tocqueville, Alexis de (1957). *La democracia en América*. México. Fondo de Cultura Económica.